

Philipp Blom

El coleccionista apasionado

Una historia íntima



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

PORTADA

AGRADECIMIENTOS

TRES VIEJOS

I. UN PARLAMENTO DE MONSTRUOS

EL DRAGÓN Y EL CORDERO TÁRTARO

UNA ENFERMEDAD LLAMADA MELANCOLÍA

EL ARCA SECUESTRADA

EL ARTE EXQUISITO DEL DOCTOR RUYSCH

II. UNA HISTORIA COMPLETA DE LAS MARIPOSAS

ESE CURIOSO Y ANCIANO CABALLERO

EL MASTODONTE Y LA TAXONOMÍA

ANGELUS NOVUS

LA GRANDEZA DE LOS IMPERIOS

UN ASCENSOR AL CIELO

III. CONJUROS

POR QUÉ NO ESTÁ BIEN HERVIR A LA GENTE

TRES PATOS EN PLENO VUELO

PESCADORES Y UTOPIÁS

UN TEATRO DE LOS RECUERDOS

IV. LA TORRE DE LOS LOCOS

UN AUTÉNTICO MANIACO DE LA VITELA

LEPORELLO Y SU AMO

EL SEÑOR SOANE NO ESTÁ EN CASA

EPÍLOGO: VASOS DE PLÁSTICO Y MAUSOLEOS

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Para Veroni

Siempre me fascinó el tema del coleccionismo, la sencilla pregunta por la razón que lleva a la gente a acumular objetos, cosas a menudo inútiles, pero hasta 1998 no tuve la oportunidad de poner por escrito algunas de mis ideas en un artículo para Elisabeth Bauschmid, del *Süddeutsche Zeitung*. Hasta que le hablé del asunto a Victoria Hobbs, mi agente, que demostró tener auténtico olfato y perspicacia cuando se abalanzó sobre mi idea y luego me ayudó a desarrollarla, yo no creía que fuesen muchos los interesados en un tratamiento exhaustivo de esa extraña y hermosa obsesión llamada coleccionismo. Además, tuve la gran suerte de encontrar, en el editor Stuart Proffitt, un espíritu afín y con vista de lince. Sara Fisher también se merece mi sincero agradecimiento.

Mientras trabajaba en la idea inicial, Geert Mak me dio muchos ánimos, y su infalible capacidad para distinguir detalles me ayudó a encontrar mi camino. Durante la fase de investigación fueron muchas las personas que me permitieron destilar mis pensamientos gracias a su paciente escucha, pero también las que contribuyeron con sugerencias que con frecuencia abrieron una línea de investigación enteramente nueva. La profesora y doctora Maria Teschler-Nicola (Hofrat), el doctor Rudolf Diestelberger (Hofrat), el doctor Georg Kugler (Hofrat), la doctora Monika Firla y el doctor Rudolf Maurer me prestaron una ayuda de inestimable valor en los capítulos relativos a Viena, las colecciones habsbúrgicas y la historia de Ángelo Solimán. El doctor Arthur MacGregor, experto superior en este campo, me aclaró muchas cosas acerca de las colecciones del Renacimiento y el Barroco. El profesor Robert Evans tuvo la amabilidad de permitirme aprovechar sus conocimientos sobre todo lo relacionado con el enigmático Rodolfo II; por su parte, Thomas Klinger, Alex Shear, Wolf Stein, el sacerdote jesuita Thomas McCoog, David Cahn, Antje Gaiser, Hugh Scully y Anne Heseltine me ayudaron a comprender mejor la mentalidad de los coleccionistas. El profesor Jon Stallworthy demostró ser un amigo amable y generoso, y también un excelente consejero, a la hora de leer el manuscrito y sugerir maneras de mejorarlo. Como siempre, el aliento de mis padres, de mi hermana Christina, y de Veronica, mi mujer, fue para mí un apoyo constante y maravilloso.

Vaya mi último agradecimiento para un desconocido, el sabio borracho del Café Bräunerhof, que me hizo volver a considerar la cuestión y tuvo la gentileza de ofrecerme un epílogo. Alzo mi copa por él y por todos los que contribuyeron a hacer realidad este libro.

P. J.
París, 2000

Toda pasión bordea el caos; la del coleccionista, el caos de los recuerdos.

WALTER BENJAMIN, «Desembalo
mi biblioteca»*

Cuando, siendo aún niño, tenía problemas para conciliar el sueño por miedo a las brujas o los demonios que pudieran hallarse escondidos debajo de la cama, me reconfortaba imaginando a mi bisabuelo sentado en su sillón, con un libro, tal como yo lo había visto, y también como siempre me había descrito mi madre, que había crecido en la casa de mi bisabuelo en Leiden, Países Bajos. En mi imaginación sigue sentado allí, vestido impecablemente con un terno, según la moda de la década de 1940, un mechón de pelo blanco en la frente y poco más de un centímetro de cabello a los lados de la cabeza, un bigote semejante a un cepillito (moda a la que no renunció a pesar de un austriaco *no grato* que también la había adoptado). Más que con elegancia, vestía con corrección. Todos sus trajes eran viejos, pero aún podían llevarse y, como sus camisas, tenían los puños y el cuello gastados, testimonios de la parsimoniosa vida de su dueño y de sus ideales calvinistas. Lo rodeaban los lomos de miles de libros de las estanterías que iban del suelo hasta el techo.

Es imposible saber hasta qué punto esa imagen es un recuerdo auténtico (mi bisabuelo murió a los noventa y cuatro años, cuando yo sólo tenía cuatro) y cuánto de ella se ha rehecho en mi cabeza a partir de las historias que me contaron y de las fotografías, pero mi admiración por su curiosidad y su erudición fue tan grande que nunca se desvaneció por completo. Era la suya una imagen de la que emanaban una bondad y una autoridad inmensas, y estoy seguro de que no hubo demonio capaz de atreverse a desafiarlo. Había sido, según me contaron una y otra vez, un gran bibliófilo y coleccionista de obras de arte, un hombre de una enorme erudición, hecho a sí mismo, y me sentía realmente orgulloso de él.

Willem Eldert Blom, que había empezado de aprendiz de carpintero, murió rico, pero no en lo que el dinero se refiere, sino por haber vivido una vida rebotante de aventuras inverosímiles y conocimientos, circunstancias éstas que lo llevaron a dominar diecisiete idiomas, a doctorarse en ruso cuando tenía ochenta y cinco años (después comenzó a estudiar chino) y a acumular una biblioteca de cerca de treinta mil volúmenes. Algunas reliquias de ese tesoro se encuentran hoy en nuestra casa: Biblias antiguas y pesadas con tapas de cuero rígido y grandes como lápidas; obras clásicas en griego y en latín; libros de medicina del siglo XVIII; una flauta travesera de madera que él mismo había tocado y cuyos rudimentos también me enseñó. Además, pinturas y grabados, incluida una lámina de Rembrandt que ahora cuelga cerca de mi escritorio. Ésa fue la primera colección, o recuerdo de una colección, que conservo en la memoria.

Ahora me parece que su vida guarda una gran similitud con la de otros coleccionistas, hombres y mujeres cuyo interés por la vida les permitió vencer las limitaciones de su época y de su educación. Tras estudiar latín, griego y lenguas antiguas –por la noche, una vez terminada la jornada en carpintería–, mi bisabuelo se hizo traductor y luego se fue a Nueva York –a trabajar nada menos que de catador de té–. Volvió a los Países Bajos y fue, sucesivamente, corredor de Bolsa, gerente de fabricante de galletas, otra vez corredor de Bolsa y, más tarde, cuidador de cisnes, pero esta última inocente ocupación fue, en realidad, una astuta tapadera. Una vez jubilado salía de su casa todas las mañanas con una bolsa de migas de pan en la mano. «Madre, voy a dar de comer a los cisnes», le decía a Godefrieda, su mujer, y después tomaba un autobús hasta la estación central de Leiden y desde allí un tren a Ámsterdam, donde tenía una tienda de antigüedades llamada De Geelfinck. Godefrieda nunca habría aprobado que un hombre de su posición se dedicara al comercio, y a él nunca le habían gustado

las discusiones domésticas. El engaño no se descubrió hasta varios años más tarde, cuando entraron ladrones en la tienda y ella leyó la noticia en el periódico.

De Geelfinck (El Pinzón Amarillo) fue, según se dice, más un capricho personal que una auténtica tienda de antigüedades, un lugar en el que Willem acumulaba curiosidades, obras de arte, libros y objetos todos que también estaban en venta y le financiaban la pasión de adquirir piezas cada vez más raras; las que no quería vender se las llevaba a casa. En una fotografía tomada hacia 1965 se lo ve en la puerta de la tienda, ligeramente por debajo del nivel del suelo, rodeado de objetos de gran valor y otros que no valían absolutamente nada, testigos ambos de su pasión de coleccionista y de su inescrutable sentido del humor: llaves enormes (nadie sabe qué abrían); el molar de un elefante (con una ficha que dice: *Sustituye a toda una dentadura postiza*); mensajes en verso escritos sobre cartón en un inglés conmovedor y no totalmente coloquial: *Step in old man / (Don't call me «old man») / In this jolly old antiques shop / Old girl / (Don't call me «old») and when / You've looked around from floor to top / You'll find it such a jolly old shop / Where old jolly things in legion abound / Old Man Old Girl, look freely around. / (Don't call me old, or I'll call the hound.)* * Mi bisabuelo está de pie junto al plato fuerte de su colección, un sarcófago egipcio auténtico que posteriormente fue a parar a un museo. Dentro de la tienda había cientos de libros, desde ejemplares del siglo XVI (su especialidad eran las Biblias) hasta novelas de misterio modernas encuadernadas en rústica, iconos rusos y óleos, piezas de porcelana, muñecas de Java, máscaras africanas, peltre holandés y azulejos de Delft, jarrones y utensilios de cocina antiguos; lacas japonesas y discos de gramófono. Hoy, el sótano que albergó su madriguera es una tienda especializada en utensilios de cocina chinos. En la tienda de la izquierda se venden *souvenirs* (molinillos de viento, zuecos de madera pintados, torres Eiffel de plástico doradas); en la tienda de la derecha, flores. En temporada siempre está a rebosar de tulipanes de brillantes colores.

El aura de Willem Blom, y toda una vida dedicada a buscar explicaciones en libros y tesoros antiguos, quedó plasmada no sólo en las estanterías y las paredes de mis padres; la mayor parte de su biblioteca se encuentra hoy en la Universidad de Leiden.

Durante mis años de estudio, el poco afecto que sentía por los deportes y la carpintería me permitieron pasar el tiempo en los dominios de otro coleccionista. El colegio al que asistía era una institución realmente muy poco usual, orientada según los principios del más excéntrico de los sabios de finales del siglo XIX y principios del XX, Rudolf Steiner, el arquitecto de una gran variedad de teorías prestadas y de *idéas fixes* que él llamó antroposofía, y estaba ubicado en los terrenos de un pequeño castillo rodeado de bosques. El castillo y las tierras habían pertenecido a un hombre misterioso al que todavía podía verse pasear, con muletas, por la calle principal de esa pequeña comunidad, vestido con un abrigo de loden verde y la cabeza cubierta con sombrero; recuerdo que su cuello le sobresalía, casi horizontal, del abrigo. En suma, un personaje vetusto y con aspecto de tortuga. De niños lo llamábamos simplemente el «príncipe heredero», un nombre enigmático para un niño de corta edad. En realidad se trataba de Georg Moritz, otrora heredero del ducado de Sajonia-Altenburg. La historia había superado a su padre, Ernesto II, el último duque que reinó en Alemania que abdicó en noviembre de 1918. Al duque le habían dejado el castillo, un edificio nada romántico en el centro de Westfalia, en concepto de indemnización tras ceder él su sede en Altenburg y el grandioso palacio familiar, y Georg Moritz, su hijo, seducido por la ideología de Steiner, lo había transformado junto con la finca agrícola adyacente, en un colegio.

Cuando conocí al príncipe heredero él ya tenía ochenta años largos, y para mi deleite descubrí que

las dos habitaciones del castillo que Moritz todavía ocupaba (todo lo demás lo había donado colegio, en el que también había impartido clases) estaban atiborradas de antigüedades y libros de historia, filosofía y arte, un oasis donde refugiarse del bullicio del internado. Moritz me permitía acceder libremente a su biblioteca, en la que eludí, muy feliz, más de una clase de educación física para disgusto del profesor de la asignatura, que se sentía impotente para intervenir.

Delante de su apartamento había un pequeño rellano, un espacio neutral entre dos mundos. Olía a linóleo, a cera para madera y a detergente en polvo; destacaban en él unas macetas horripilantes y unas espantosas acuarelas antroposóficas (llenas de colores primarios y formas espiral). Pero también había un hermoso escritorio Biedermeier coronado por un busto de Ernesto, el último duque, una austera escultura clásica en alabastro que me asustaba cada vez que la veía.

Cuando llegué a conocerlo, el señor Altenburg —ése era su nombre oficial— rara vez salía de sus habitaciones, que olían inconfundiblemente a viejo. Allí, sentado en su cama estilo imperio recostado sobre grandes cojines, la piel translúcida del anciano se asemejaba a la tez del busto de su padre. Y él me hablaba de libros, de su vida y de historia. Le divertía disfrutar de la compañía de un niño; al fin y al cabo, había pasado la vida entre colegiales. Yo me deleitaba con sus historias no sólo por una sensación de asombro, y sin comprenderlas a fondo, pues el señor Altenburg era, en el sentido más estricto de la palabra, un mensajero de otra época, de una Alemania muy distinta de la que yo conocía. Cuando cumplió los catorce años lo habían nombrado teniente de la Guardia en el regimiento de su padre, y había recibido la educación de un futuro jefe de Estado. De vez en cuando también me dictaba cartas, pues a esas alturas ya tenía las manos demasiado temblorosas para escribir cómodamente. Las misivas iban dirigidas a la condesa tal y al príncipe cual, y de vez en cuando, para distraerse, a un profesor. Una botella de orina colgaba junto a la cama y, sobre una mesa, los restos de la última comida esperaban que los recogiesen. El dormitorio estaba literalmente atestado de libros, lo que dificultaba los movimientos de un adolescente larguirucho.

La otra habitación, la biblioteca, parecía a la vez grande y recogida, y allí ya no cabían más volúmenes. De esos libros emanaban el olor dulzón del papel viejo e infinitos conocimientos. La joya de la corona era un sillón de tafete con un atril de latón y caoba incrustado en el reposabrazo izquierdo. El sillón parecía enorme; me engullía entero cada vez que me sentaba a devorar biografías o libros de historia, muchos de ellos incomprensibles para mi edad, o simplemente para mirar por la ventana los viejos árboles del jardín mientras soñaba con vivir en una habitación así, en un castillo como ése, y con poseer esos preciosos libros y poder pasar el día leyendo sin tener que inventar excusas para faltar a clase.

Todavía recuerdo con total exactitud el momento en que por primera vez tomé conciencia de que el coleccionismo podía tener connotaciones más fuertes y misteriosas de las que había observado en las colecciones de mi infancia. Había conocido a Wolf Stein en Ámsterdam, durante el servicio religioso en la sinagoga, servicio al que yo, que no soy judío, asistí simplemente por interés. Entablamos conversación y él me invitó a cenar a su casa. Stein hablaba neerlandés con una ligera pero inconfundible entonación alemana. Cuando llegué a su casa, a pocos pasos de la Rembrandtplein, me recibió con los brazos abiertos y me pidió que disculpara el estado en que se encontraba el apartamento. Me dijo que estaba reformando la sala; un proyecto a largo plazo, ya que lo hacía todo yo mismo y no era especialmente hábil en materia de decoración. No obstante, lo que me llamó la atención no fueron las herramientas dejadas aquí y allá, sino los libros. Los había por todas partes. Pilas de libros ocupaban todo el pasillo y cada peldaño de la escalera que llevaba al primer piso.

Trepaban por las paredes y no dejaban ni un centímetro de espacio libre, ni en el suelo ni encima de las mesas, las sillas y otros muebles. A las habitaciones sólo se podía acceder por unos canales estrechos y sinuosos que atravesaban un paisaje montañoso de material de lectura de todas las formas y tamaños. Stein me enseñó el apartamento. Había libros alrededor de la cama, libros en estanterías encima de la cama, delante de la bañera y en el estudio, que también albergaba un tesoro especial, saber, su violín. Mi anfitrión me dijo que llevaba muchos años sin tocarlo, pero que nunca había perdido las ganas de volver a hacerlo.

La única habitación que se salvaba de esa proliferación era la cocina, un lugar desolado no sólo por estar desnudo en comparación con las demás habitaciones, sino también porque allí apenas había que comer. La comida que compartimos fue escasa, pero Wolf resultó ser una compañía maravillosa y encantadora, lo cual me ayudó a olvidar los emparedados de sardinas y el té tibio con los que intenté saciar mi hambre de adolescente. Era un personaje curioso: bajito y amable, de poco más de sesenta años quizá, vestía de manera conservadora pero con ropa algo vieja y gastada. Cada uno de sus movimientos tenía algo de disculpa, como si quisiera comunicar que él no había querido que las cosas fuesen así, que simplemente habían salido de esa manera y que esperaba compensar ese hecho con una sonrisa y su ingenio.

Me habló de su madre, que vivía en una residencia para ancianos y seguía siendo muy exigente, y de sus estudios de medicina. Le pregunté si continuaba estudiando. Sí, dijo, y añadió que hacía treinta años que estudiaba medicina de manera intermitente; como era incapaz de acabar la carrera, se daba periódicamente por vencido y luego volvía a empezar con energías renovadas. Esbozó una sonrisa de disculpa. Debes comprender, dijo, que pasé escondido casi toda la guerra, aquí, en Ámsterdam. Cuando me descubrieron tenía catorce años y fui a parar directamente a Bergen-Belsen. Lo que vi allí hizo que quisiera ser médico y ayudar a la gente. Pero, por otra parte, cuando veo a alguien con un corte en el pulgar y terriblemente dolorido, no consigo evitar recordar los cuerpos humanos amontonados en el campo de concentración, y sencillamente no logro atender al paciente como es debido. Es entonces cuando pierdo toda fe en la posibilidad de terminar mis estudios.

Durante esa cena me enteré también de que Wolf Stein tenía la dudosa distinción de haber tenido un destino semejante al de Ana Frank, con la diferencia de que él sobrevivió y no escribió un diario que pudiera testimoniar de ello. Como los Frank, sus padres eran alemanes, de Schweinfurt, y habían huido a los Países Bajos con la esperanza de llevar allí una vida soportable. Como los Frank, ellos también tuvieron que esconderse, y también los descubrieron y los deportaron «al Este». A diferencia de Ana, Wolf salió con vida del infierno del campo de concentración. Cuando lo liberaron tenía diecisiete años y no lograba encontrarle sentido a la vida; desde entonces había vivido intentando formar un todo con las piezas que podía reunir y esforzándose por sacar fuerzas de la vida que había llevado antes de la catástrofe, una infancia completamente normal. Sus libros eran parte del proyecto. Le pregunté por qué había acumulado miles de volúmenes, algunos en lenguas que él no entendía.

Es una estupidez, lo sé, dijo con una sonrisa, pero en mi juventud no tuve una educación que pudiese calificarse de académica, y siempre vivo con la esperanza de compensar esa carencia leyendo todos estos libros.



Jan van der Heyden, Naturaleza muerta con curiosidades, óleo sobre tela; reproducido por cortesía del Szépművészti Múzeum, Budapest.

I. Un parlamento de monstruos

Dijo, pues, Dios a Noé: «He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencia por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra. Hazte un arca de maderas resinosas. Haces el arca de cañizo y la calafateas por dentro y por fuera con betún [...]

Y de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de serpientes del suelo entrarán contigo sendas parejas para sobrevivir.

Génesis 6: 13-14, 19-20*

Desde los tiempos más remotos, los dragones salen de sus guaridas para poner a prueba el mérito de la fe humana. En las leyendas aparecen ante las puertas de la ciudad saciándose de sangre inocente desafiando a los guerreros más fuertes y más piadosos a que defiendan el orden de las cosas enfrentándose con la espada contra su abrasador aliento.

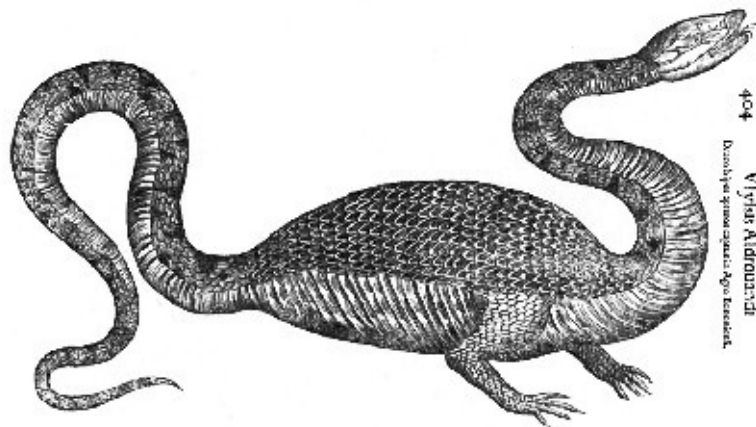
Cuando, en 1572, un «temible dragón» fue avistado en los pantanos cercanos a Bolonia, es muy posible que la bestia hiciera aflorar esos antiguos miedos. No obstante, esa vez el héroe no fue un caballero vestido con lustrosa armadura y en vías de canonización, sino un erudito corpulento y ya algo calvo desprovisto de todo si exceptuamos un nombre heroico, Ulisse, que él podía hacer valer como credenciales de guerra.

A pesar de que en la ciudad se encontraba de visita el mismísimo papa, la Iglesia no reivindicó un hecho que apenas un siglo antes se habría considerado una victoria de la cristiandad sobre el demonio y creyó competente para ocuparse de las criaturas extrañas a un científico coleccionista, el célebre Ulisse Aldrovandi (1522-1605). El tono deliberadamente plano en que éste relata la captura del animal habla por sí solo:

El dragón se avistó el 13 de mayo de 1572. Silbaba como una serpiente. Había estado escondido en la pequeña finca de Maestro Petronio, cerca de Dosius, en un lugar llamado Malonolta. A las cinco de la tarde lo atrapó en un sendero público un boyero llamado Baptista de Camaldulus, cerca del seto de una granja particular, a un kilómetro y medio de los remotos alrededores de la ciudad de Bolonia. Baptista llevaba su carro de bueyes de vuelta a casa cuando advirtió que los animales se deteneron bruscamente. Les dio unos puntapiés y les ordenó a gritos que siguieran andando, pero los bueyes se negaban a moverse y, más que avanzar, lo que hicieron fue hincarse de rodillas. En ese momento, el boyero percibió un sonido semejante a un silbido y quedó boquiabierto al ver ante él al pequeño y extraño dragón. Con mano temblorosa lo golpeó en la cabeza con la vara y lo mató.¹

Al parecer, un simple bastonazo en la testa fue suficiente para acabar con el legendario animal. Es imposible saber qué era exactamente esa criatura. Tal vez un lagarto raro y de grandes dimensiones. Aldrovandi hizo lo que cabía esperar de un hombre de su posición: conservó el dragón y se puso a escribir una *Dracologia*, una historia del dragón en latín y en siete volúmenes, un tratado científico que intenta explicar el fenómeno que presenció como algo natural sin insertarlo en una metafísica o en una religión. Según Aldrovandi, el animal aún era joven, como demostraban las zarpas y los dientes no totalmente desarrollados; además, el autor pensaba que se había movido reptando como una serpiente ayudándose con las dos patas. El cadáver tenía un torso grueso y una cola larga, y de la cabeza a la cola medía unos sesenta centímetros.

Hay partes del museo de Aldrovandi que han sobrevivido hasta nuestros días y hoy se encuentran en el Museo di Storia Naturale de Bolonia, en el Palazzo Poggia. Son pocos los turistas que llegan hasta el museo, y las salas revestidas de madera, con sus armarios y vitrinas blancos, se hallan casi siempre inmersas en un relativo silencio. Dos cocodrilos disecados y colgados en la pared vigilan los huevos de aves, los cuernos extraños, las muestras de piedras y plantas y los doctos volúmenes. Sólo la luz fluorescente sirve para recordarnos que han pasado cuatro siglos. El dragón, ahora perdido, forma parte una vez de ese despliegue.



El «Dragón de Bolonia», preservado por Aldrovandi en 1572, grabado, en: Ulisse Aldrovandi, *Serpentum et draconum historiae*; reproducido por cortesía de la New York Academy of Medicine

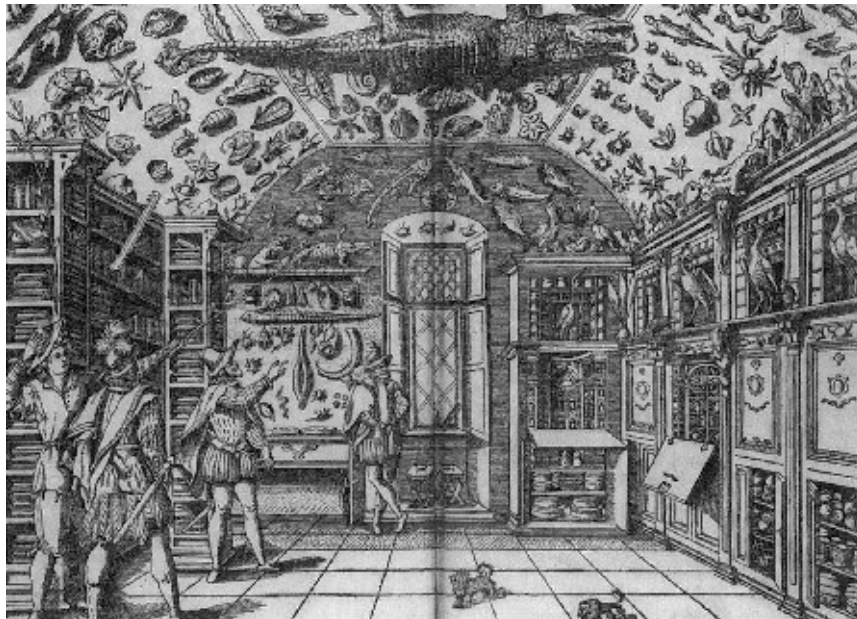
Estudiosos de toda Italia acudían a contemplar la colección para ver al dragón con sus propios ojos. En su apogeo, atrajo a decenas de visitantes, eruditos o curiosos por igual, y Aldrovandi llevó un minucioso libro de visitas, que él mismo inventariaba y actualizaba regularmente. Entre los invitados a firmar el libro había novecientos siete eruditos, ciento dieciocho nobles, once arzobispos, veintiséis «hombres célebres» y una sola mujer. No obstante, aunque fueron más de una las mujeres que brindaron al gran hombre el honor de una visita, ni siquiera a Catalina Sforza, lo más parecido a una reina que tuvo Italia, que llegó con un séquito de «catorce o quince carruajes y cincuenta damas de nobleza, la flor y nata de las principales familias de la ciudad, acompañadas por más de cien cincuenta caballeros»,² se la consideró poseedora de la estatura intelectual necesaria para que firmara el libro.

Aldrovandi encarnó la vanguardia de un estallido de actividad científica y coleccionista que surgió en Italia y duró todo el siglo XVI. Él se consideraba a sí mismo el nuevo Aristóteles, y su intención era finalizar lo que Aristóteles y Plinio habían comenzado: una enciclopedia completa de la naturaleza. Para conseguirlo necesitaba hechos concretos, y el tamaño de su colección llegó a ser para él una obsesión semejante a la de conseguir y describir los ejemplares. En 1577 el museo tenía trece mil piezas, dieciocho mil en 1595, y unas veinte mil a finales de siglo.

Fueron muchas las ciudades italianas que en esas fechas tuvieron sus grandes coleccionistas: hombres como Michele Mercati en Roma, Francesco Calceolari en Verona, Carlo Ruzzini en Venecia, Ulisse Aldrovandi y, más tarde, Ferdinando Cospì en Bolonia, y Athanasius Kircher en el Vaticano. Todos ellos tuvieron colecciones que, clasificadas y catalogadas, fueron instrumentos de erudición y concreción de conocimientos enciclopédicos. Los gabinetes de los coleccionistas más ricos presumían de incluir cuernos de unicornio, dragones disecados de formas singulares y espeluznantes, cráneos de aves raras y mandíbulas de peces gigantes, aves embalsamadas de los colores más extraordinarios, partes de otras criaturas, entonces aún no identificadas, que parecían oscilar entre la realidad y el mito, entre la esperanza de una explicación racional y el miedo al infierno. Estas colecciones tampoco eran uniformes en cuanto a su contenido ni a su orientación. Se sabe, por ejemplo, que el veronés Mapheus Cusanus tenía una clara predilección por los «ídolos egipcios encontrados en las momias», diversas clases de conchas petrificadas, el queso, la canela y las esponjas petrificadas, y por los hongos.³

Este nuevo espíritu de investigación renacentista lo encabezaron eruditos y aficionados, no sacerdotes ni filósofos clásicos, y fue entonces cuando por primera vez se aceptó que, para acumular conocimientos, un mercado de pescado podía ser mejor que una biblioteca. Lo más probable era que

más que cualquier cantidad de manuscritos latinos, los pescadores hubiesen capturado con sus red ejemplares raros y maravillosos y fuesen capaces de hablar de sus costumbres y conocer sus nombre. Ya no bastaba con sentarse a un escritorio en un monasterio. El propio Aldrovandi recorría los mercados de pescado en busca de nuevos hallazgos y conversaba con los pescadores de la misma manera en que, un siglo después, Descartes haría comentarios sobre anatomía animal en una carnicería de París.



El Musaeum Ferrante Imperato, grabado, en: Ferrante Imperato, Dell'istoria naturale; reproducido por cortesía de Visitors of the Ashmolean Museum, Oxford.

Para los coleccionistas, incluso para los del siglo anterior, habría sido anatema buscar objetos en lugares como éstos, pues hasta el siglo XVI coleccionar fue una prerrogativa de los príncipes, cuyo interés se centraba en objetos que eran a la vez bellos y valiosos y reforzaban su riqueza y poder. Tutankamón coleccionó cerámicas de calidad y el faraón Amenhotep III destacó por su pasión por los esmaltes azules. Los santuarios, desde el Templo de Salomón hasta la Acrópolis, y las cortes de la nobleza siempre habían albergado tesoros famosos.⁴ La Roma de la Antigüedad conoció un breve florecimiento de la cultura del coleccionismo, principalmente de obras de arte griegas, pero esta actividad también desapareció con el imperio.⁵

Durante toda la Edad Media, los príncipes de la Iglesia y los gobernantes laicos acumularon montones de reliquias, recipientes lujosos, joyas y objetos tales como cuernos de unicornio y otras criaturas legendarias.⁶ A partir de dichos tesoros se desarrolló, desde el siglo XIV, una modalidad privada de apreciación del coleccionismo, el *studiolo*, una habitación construida ad hoc y repleta de antigüedades, piedras preciosas y esculturas, popular en Italia entre hombres con recursos y cultura. Se cree que Oliviero Forza, de Treviso, tuvo, en 1335, el primer *studiolo* del que se conservan datos. Coleccionar obras de arte y objetos diseñados con metales y piedras preciosas pasó a ser un pasatiempo principesco, una diversión que podía llegar a confundirse con una pasión devoradora.

Un día podía querer, simplemente para su deleite, recorrer con la mirada estos volúmenes [que había comprado y hecho copiar para él], y así pasar el tiempo y alegrarse la vista. Al día siguiente [...] según me dicen, sacaba algunas de las efigies e imágenes de emperadores y personajes ilustres del pasado; unas eran de oro, otras de plata, otras de bronce o de piedras preciosas, o de mármol u otros materiales que eran una delicia contemplar [...] Al día siguiente se deleitaba con sus joyas y piedras preciosas, de las que tenía una cantidad asombrosa y de gran valor, grabadas algunas, otras no. Le complace y le deleita sobremanera mirarlas y hablar de sus excelencias. Y al día siguiente, tal vez, se demoraba en los vasos de oro y plata y otros materiales preciosos [...] En sum



Vittore Carpaccio, La visión de San Agustín, témpera sobre tela, detalle, Scuola di San Giorgio degli Schiavoni, Venecia.

El coleccionista que así se enfrascaba en sus tesoros, Pedro de Médicis, el Gotoso (1416-1469) podía permitirse no pensar en el precio de los objetos que adquiriría y encargarlos allí donde los encontraba. Varios de sus descendientes, y muy especialmente Francisco y Lorenzo el Magnífico también fueron víctimas de esa pasión. Francisco se hizo construir un *studiolo* y lo decoró con paneles pintados con la representación de los doce meses del año y las doce clases de libros que contenía su biblioteca.

Sin embargo, entre esos «arsenales para objetos preciosos» y el museo que reunió Aldrovandi un cien años después, la diferencia es abismal. Antonio Averlino Filarete, que visitó a Pedro de Médicis en su *studiolo*, hizo una lista de las clases de objetos que coleccionaba el príncipe florentino: antigüedades, piedras preciosas y obras de arte, así como algunos «objetos raros y de interés».⁹ La principal distinción entre los tesoros medievales y los nuevos *studioli* era la privacidad intrínseca a la idea misma de estudio. No obstante, poco había cambiado en lo que respecta al programa y estructura. Las paredes, que lo aislaban del mundo exterior representado en ellas, con su orden simbólico de las cosas, seguían resonando con el recuerdo del canto llano y el vigor de los emblemas heráldicos. El *studiolo*, con sus estatuas, sus paneles pintados y piedras preciosas de la Antigüedad era expresión del amor al arte y a la belleza, y la belleza también era sinónimo de virtud y fe y de lo que Umberto Eco llamó «una especie de humildad ontológica ante la primacía de la naturaleza». Aún estaba lejos la insaciable curiosidad que luego empujó a los coleccionistas a buscar ya no lo bello y emblemático, sino lo extraño e incomprensible, cosas que les llevaban a medir su inteligencia y erudición con las de los autores de la Antigüedad.

¿Cómo, había preguntado en 1578 el hugonote francés y viajero por América Jean de Léry, podía pedir a sus lectores franceses que «creyeran en lo que sólo podía verse a dos mil leguas del lugar donde vivían, cosas que los antiguos nunca conocieron (y mucho menos registraron por escrito)»? *Cosas que los antiguos nunca conocieron* fue una expresión que resonó por toda Europa hasta sacudir sus cimientos intelectuales. Con la exploración de nuevos continentes, del macrocosmos planetario

del microcosmos de las cosas más pequeñas, Europa se alejó de las sombras de la Antigüedad y sus autores, que habían delimitado durante más de mil años el mundo conocido. Durante la Edad Media los primeros años del Renacimiento se había dado por sentado que no había fenómeno natural, cultural y animal, ni maravilla que ya no hubieran abordado de manera concluyente Aristóteles y Plinio Cicerón o Pitágoras. El resto, afirmaban los escolásticos, no eran más que comentarios e reinterpretaciones hechas a la luz de los Evangelios.

No obstante, un siglo después de que Colón llegase a América, nuevos descubrimientos hechos en tierra y en el cielo parecían seguir teniendo lugar todos los días. El conocimiento estalló cuando los horizontes de siglos se expandieron más allá de todo lo que hasta entonces se había considerado posible. «Ni Aristóteles ni ningún otro filósofo o naturalista, antiguo o moderno, ha observado nada desconocido jamás [estas cosas]»,¹² exclamó muy seguro Francesco Stelluri tras observar una abeja con el microscopio; por su parte, Federico Cesi se preguntó en voz alta lo que podría haber dicho Plinio si hubiera tenido la oportunidad de ver «la abeja con melena de león, ojos peludos y muchas lenguas». Los coleccionistas italianos reaccionaron al cambio insistiendo en el estudio empírico de la naturaleza. Al otro lado de los Alpes hubo quienes no creyeron que ese paradigma ofrecía todo lo que esperaban conocer; así pues, siguieron un camino diferente, combinando los conceptos científicos aristotélicos con tradiciones ocultas.¹⁴

Con el creciente espíritu científico del Renacimiento en la segunda mitad del siglo XVI, llegó una profusión de colecciones que intentaban explorar y representar el mundo tal como se lo veía entonces. El *studiolo* ya no podía satisfacer la necesidad de comprender la auténtica abundancia de lo nuevo en todas sus extrañas formas. «Sería vergonzoso para la humanidad», escribió Francis Bacon en su *Novum Organum* (1620), «que, después de abrir semejantes extensiones del mundo material desconocidas hasta ahora –tantos mares atravesados, tantos países explorados, tantas estrellas descubiertas–, la filosofía, o el mundo inteligible, se circunscribieran según los mismos límites de antaño.»¹⁵

Los interesados en mantener esos límites habían opuesto una resistencia nada desdeñable. Santo Agustín y Santo Tomás de Aquino ya habían sido precavidos respecto del destino que la curiosidad podía deparar a los fieles. Bernardo de Claraval clamó con vehemencia contra los que se interesaban más por las cosas desconocidas de la tierra que por las del cielo.

¿Por qué los monjes que deberían dedicarse a sus estudios tienen que enfrentarse a semejantes monstruosidades? ¿Qué sentido tiene esa belleza deforme, esa elegante deformidad? ¿Y los groseros simios? ¿Los leones salvajes? ¿Los centauros monstruosos? ¿Los semihombres? ¿Los tigres manchados? Podemos ver una cabeza con muchos cuerpos o un cuerpo con muchas cabezas. A veces vemos un animal con cola de serpiente, allí un pez con cabeza de animal. Más allá una bestia que por delante es un caballo y por detrás una cabra, y por aquí un animal con cuernos y los cuartos traseros de un caballo [...] ¿Por Dios! Si no nos avergüenzan todas esas estupideces, ¿por qué al menos no nos indigna lo que cuestan?¹⁶

Perfectamente conscientes de los estragos de la curiosidad, los teólogos no estaban demasiado seguros de que a la fe pudiera irle mejor. La curiosidad, decidieron, era algo malo, y los que no tenían ganas de escuchar ese mensaje podrían verlo reafirmado por la excomunión y la muerte en la hoguera.¹⁷ Ni siquiera Michel de Montaigne, cuya comprensión de la naturaleza humana no estaba encorsetada por las enseñanzas de la Iglesia, se sentía atraído por el exceso de curiosidad. Conocer a un hombre que había vivido en el Nuevo Mundo le resultó poco convincente: «Me temo que nuestros ojos son más grandes que nuestro estómago, y que tenemos más curiosidad que capacidad; pues queremos cogerlo todo, pero sólo atrapamos viento.»¹⁸ Montaigne pensaba que los hombres que pasaban la vida indagando asuntos oscuros sin conocerse a sí mismos como es debido, eran necios.

La oposición de Montaigne a la curiosidad como variante intelectual del escapismo no tenía misma motivación que la de los teólogos, que temían que todo su mundo se volviese del revés. Y no equivocaban, por supuesto, pues unos trescientos años después las colecciones de curiosidad demostraron ser un auténtico motor de la secularización. Las colecciones de *naturalia*, de animales, plantas y minerales, proliferaron como hongos por toda Europa, y cada una de ellas era una pequeña enciclopedia de la naturaleza, de unos conocimientos que no dependían de la Iglesia. Entre 1556 y 1560, el coleccionista holandés Hubert Goltzius confeccionó la lista de las novecientas sesenta y ocho colecciones que conoció en los Países Bajos, Alemania, Austria, Suiza, Francia e Italia, y cien años después otro coleccionista, Pierre Borel, alardeó de haber visto sesenta y tres colecciones. Sólo en la República de Venecia había más de setenta colecciones notables dentro de sus fronteras.¹⁹

¿Por qué fue en el siglo XVI cuando Europa experimentó su primer estallido de coleccionismo, o dicho de otro modo, la primera actividad coleccionista, desde la Antigüedad romana, no limitada a un puñado de personas?

Al parecer, la respuesta radica parcialmente en este mundo y en parte en el siguiente. La explicación terrenal es que la expansión del conocimiento que tuvo lugar en el siglo XVI necesitaba nuevas respuestas y enfoques novedosos de los nuevos fenómenos. Los estudiosos de toda Europa exploraron el macrocosmos con el telescopio y las cosas más pequeñas con el microscopio. Las innovaciones técnicas, como la imprenta, los avances en la construcción naval y la navegación, facilitaron el comercio en todo el planeta y trajeron a Europa más mercancías y más baratas. En Europa, un sistema bancario más complejo facilitaba el intercambio de bienes. Con imperios comerciales como el holandés y el veneciano prosperó una riqueza sin precedentes, otro factor de importancia crucial para la floreciente cultura del coleccionismo. Para sacar esos objetos de circulación o dedicarse a la búsqueda de cosas inútiles hay que disponer de tiempo y recursos, razón por la cual las colecciones progresaron allí donde se consolidaba el comercio.

Sin embargo, junto con esas revoluciones terrenales, otra, menos palpable, produjo un cambio en la percepción de la muerte y del mundo material.²⁰ Los cristianos de la Edad Media se habían visto obligados a elegir entre el amor al mundo material y los placeres que ofrecía –y sufrir así la condenación eterna– y renunciar a ellos en favor del cielo, pues, como dice el Evangelio, de poco sirve a un hombre conquistar el mundo entero y perder el alma. Desde la perspectiva de los fieles, la muerte era una transición, la hora de la verdad, marcada por el espectáculo público y los rituales de duelo. Incluso para los pocos que podían permitírselo, acumular objetos que no tenían una utilidad clara sólo era aceptable si encajaban con esta percepción del mundo: las reliquias y los objetos bellamente decorados glorifican a Dios. No se conocen colecciones de plantas, piedras o animales de esa época, aunque hay algunas piezas sueltas que, según parece, tenían propiedades sobrenaturales, como los «huesos de dragón», fósiles por lo general, que llegaron a formar parte de los tesoros de la Iglesia y de la nobleza.

En el siglo XVI, cada vez más secular y capitalista, las actitudes respecto de la mortalidad y los bienes terrenales habían cambiado. La conciencia agudizada del final inminente prevaleció en la poesía y el arte, como puede verse en las incontables naturalezas muertas que tratan el tema de la *vanitas* y que formaban parte de toda casa de buena posición. En cada una de ellas, la belleza seductora del aquí y el ahora contrasta con el deterioro que inevitablemente conlleva. En cada flor se veía el germen de la putrefacción, y en cada lienzo el paso del tiempo aparece señalado por relojes, arena, calaveras o velas que arden entre los suntuosos arreglos frutales, objetos preciosos o hermosas flores. No había capullo delicado sin un escarabajo esperando que se marchitase y muriese. El poeta

isabelino Robert Herrick (1591-1674) condensó esa sensación de inutilidad instando a sus lectores que gozaran del instante:

Coged los pimpollos mientras podáis,
lo antiguo aún está en el aire:
la misma flor que hoy sonrío
se marchitará mañana y morirá.²¹

La muerte sólo se ha de temer si es realmente el final, y si la muerte de las flores de pronto deja de significar el ciclo eterno de la creación divina y pasa a ser una pérdida irreparable. En un mundo en el que la muerte ocupaba un lugar cada vez más preponderante, la atención pasó a centrarse en los pimpollos de rosa, en el mundo material y en quienes lo habitaban. El arte del retrato se impulsó paralelamente a la preferencia por las naturalezas muertas. Fue esa nueva concepción de la vida lo que permitió que floreciera el coleccionismo, pues dejó de ser una mera complacencia en la *avaritia*, uno de los siete pecados capitales, y el rechazo de la vida eterna pasó a ser una búsqueda de Dios a través de su Creación, es decir, una teología práctica. Para hombres como Aldrovandi, la conciencia de la mortalidad de las maravillas del mundo sólo estimulaba a los hombres a dejar sus colecciones como testamento para las generaciones venideras. La nueva camada de coleccionistas había dejado de apelar a la autoridad de la Iglesia. Los cardenales y arzobispos que acudían en masa a ver el dragón de Aldrovandi y las otras maravillas que el coleccionista conservaba en su casa, aprobaban tácitamente la validez de ese enfoque secular de la naturaleza; y hasta tal punto que una de las colecciones más importantes de la época, la del jesuita Athanasius Kircher, se conservaba en el Vaticano. La naturaleza muerta y las artes se habían liberado de sus ataduras teológicas, y los príncipes de la Iglesia ansiaban formar parte de ese entusiasmo, maravillados, durante las disecciones, por las complejidades de la anatomía humana, los misterios del magnetismo y las hermosas prendas tejidas hechas de amianto, que ni el fuego más potente, todos ellos fenómenos sobre los que sus enseñanzas no tenían nada que enseñar.



Jan Brueghel el Viejo, Naturaleza muerta con jarra azul, óleo sobre tela, detalle; reproducido por cortesía del Kunsthistorisches Museum, Viena.

No hay que olvidar, por supuesto, las grandiosas colecciones principescas, tesoros inmensos como el de Augusto, el príncipe elector de Sajonia, el de Fernando II en el castillo de Ambras, cerca de Innsbruck, y los de las grandes casas reales. No obstante, a partir de 1550 se extendió por toda Europa una red de colecciones eruditas, y de ello dejó constancia el coleccionista holandés Hubert Goltzius. Los estudiosos se carteaban regularmente entre ellos, y en libros eruditos proseguían sus disputas acerca de la finalidad y el orden de sus colecciones.²² Ole Worm en Dinamarca, universidades como

las de Leiden en los Países Bajos y la de Oxford, la ciudad museo de Basilea (Suiza), y Pierre Borel en París, todos participaron en ese intercambio de ideas en busca de piezas raras, preciosas y desconocidas, desde troncos de árboles de formas extrañas hasta frutas exóticas, conchas de nautilus y fragmentos de dragones y sirenas.

La difusión del coleccionismo como actividad sería conllevó que se popularizara entre gente sin grandes recursos ni grandes ambiciones científicas, gente corriente que podía permitirse gastar aunque no fuese mucho. Los Países Bajos fueron un caso interesante y especial. En esta república, que vivía de su acceso a un mundo más amplio y de sus conexiones comerciales desde las Indias Orientales hasta el mar Báltico, los puertos de Ámsterdam y Rotterdam estaban siempre a rebosar de objetos exóticos. Los capitanes recibían instrucciones de los comerciantes y los coleccionistas, que les pedían que anotaran y comprasen todo lo que en su opinión valiese la pena traer de vuelta a casa, y los marineros solían redondear el sueldo tratando de vender animales embalsamados, conchas o artilugios extraños.²³

En una sociedad sin aristocracia, eran muchos los que podían ser partícipes de esa abundancia: comprar objetos para almacenarlos en sus armarios y enseñar a los amigos, pruebas de las maravillas que se podían encontrar allende los mares y de los asombrosos resultados que su pequeño y pantanoso país había conseguido al convertir el mar hostil en su mercado. Había tratantes que se especializaban en mercancías exóticas, y boticarios que solían almacenar piezas curiosas, como momias egipcias o peces disecados, dejando con frecuencia que el azar decidiera si había que triturarlos para administrarlos como un medicamento o venderlos intactos para que pasaran a formar parte de una colección. Cuando en 1628 falleció Christiaen Porret, boticario de Leiden, el catálogo de la subasta de su tienda era una auténtica cornucopia que no habría estado fuera de lugar en ningún gabinete de la época: «Curiosidades u objetos raros y placeres selectos de buccinos indios u otros muy estrafalarios, conchas de tierra firme y del mar, minerales y también criaturas extrañas, así como algunos objetos de factura artificial y pinturas.»²⁴

Mucho antes de que la famosa y febril especulación con los tulipanes construyera y destruyera fortunas en el mercado de valores, la admiración de coloridos ejemplares exóticos ya estaba consolidada, y el armario de las curiosidades, inicialmente el mueble en que se almacenaban dichos objetos, hizo furor entre los burgueses de las ciudades holandesas; tanto es así que hasta las casas de muñecas se consideraban incompletas si carecían de un armario en miniatura con conchas marinas y tallas diminutas en cajones no más grandes que un pulgar.²⁵

Solamente en Ámsterdam hay registrados, entre 1600 y 1740, casi cien armarios de curiosidad privados, que dan fe del enorme prestigio que habían llegado a tener las colecciones y de la disponibilidad de objetos con los que llenar, según el gusto y los recursos, cajones o habitaciones enteras.²⁶ El armario pasó a ser parte integrante de un interior holandés, empezando por el aparador de caoba coronado con una porcelana oriental que aún puede verse en las casas de los Países Bajos, culminando con los famosos museos privados de aficionados como Nicolaes Witsen, Bernardus Paludanus o Frederik Ruysch. Dichos muebles eran verdaderos microcosmos a puerta cerrada: si el mal tiempo y los principios calvinistas daban a entender que la riqueza no podía exhibirse en la calle y no se exhibía—, fuese en las fachadas o en la vestimenta, esas restricciones no se aplicaban a las salas de estar, donde los objetos interesantes, los muebles de calidad, las alfombras y, por supuesto, los cuadros definían el estatus y el gusto de los dueños de la casa.²⁷



J. G. Haintz, El gabinete del coleccionista, óleo sobre tela; reproducido por cortesía del Historisch Museum, Ámsterdam.

Cuando un admirador escribió, refiriéndose a la famosa colección de Bernardus Paludanus, que contenía ejemplares «*ut alle hoeken claer, des werelts*» («de todos los rincones del mundo»), no limitó a usar una frase hecha.²⁸ La gran variedad de piezas que ya se coleccionaban en el siglo XVII es asombrosa, y refleja la extensión del imperio comercial holandés: desde las armas, porcelanas, caligrafías japonesas, las curiosidades que se acumulaban en los Países Bajos procedían de los reductos de un mundo mercantil que se extendía a través de China y la India, de Indonesia, Australia y regiones africanas tan diversas como Nigeria, Etiopía y Angola, las islas Molucas, el Caribe, América del Norte y del Sur, Egipto y Oriente Medio, y que llegaba también a Groenlandia y Siberia. En la profusión de objetos exóticos y la manera en que se transportaban, a menudo a cargo de marineros, quienes las complejidades de la preservación no les interesaban en absoluto, tuvo curiosos efectos secundarios, entre otros el inacabable debate sobre si las aves del paraíso tenían o no patas (fuente de inspiración de la hermosa y trágica leyenda según la cual estaban condenadas a volar sin cesar hasta que morían; de los colibríes se pensaba que taladraban con el pico el tronco de los árboles y quedaban quietos allí cuando necesitaban descansar), ya que la abrumadora cantidad de ejemplares que llegaban a Europa sólo conservaban el cuerpo, al que por lo general le faltaban incluso la cola y la cabeza. Las conchas y las monedas, objetos fáciles de conservar y almacenar, amén de decorativos, estaban entre los más solicitados.



Si bien muchas de esas rarezas se utilizaban para divertirse y exhibirlas, otros coleccionistas dedicaban al estudio metódico y usaban sus colecciones como repositorios de conocimientos comparación, y como una enciclopedia. Jan Jacobsz Swammerdam (1606-1678) escribió una monografía sobre los «*bloedelose dierkens*» («los bichos sin sangre», léase: insectos) que vio la luz sesenta años después de su muerte con el título *Bybel der natuure* («Biblia de la naturaleza»), una obra osada en un país tan religioso. Además de unos tres mil insectos, su colección también incluía ejemplares que se encontraban justo en la frontera de los conocimientos de la época; por ejemplo, «la piel de un cordero tártaro que nace de la tierra», una planta lanuda de la que se creía que por las noches se transformaba en un cordero que se alimentaba de las plantas cercanas y sangraba si se le hacía un corte.²⁹

Aceptar la existencia de tales criaturas, al menos hasta que se refutara de manera concluyente, era buena ciencia, no superstición, sobre todo en una cultura educada, desde la primera infancia, con historias bíblicas y milagros y con las ideas sobre historia natural propuestas por Plinio, Platón y Aristóteles, que aún ejercían una influencia considerable.

Sin embargo, la ciencia y el espíritu del empirismo eran sólo una respuesta a la multiplicidad de cosas que llegaban a Europa y a las mentes europeas. Mientras los estudiosos de Italia y los Países Bajos contaban escarabajos, otra colección, infinitamente más rica, crecía en el corazón de Europa: en la corte del príncipe saturnino, el emperador Rodolfo II de Habsburgo.

Os asombra que esta materia, revuelta y mezclada según haya dispuesto el azar, pueda haber formado un hombre, dado que se necesitaban tantas cosas para componer un ente así, pero ¿es que no sabéis que esa materia, según se encaminaba hacia el propósito del hombre, se detuvo cien millones de veces para formar ora una piedra, ora plomo, ora coral, ora una flor, ora un cometa, por el exceso o la escasez de algunas figuras que eran precisas o no lo eran para corresponder a un hombre? De forma que no debe maravillarnos que, de entre una infinita cantidad de materia, que cambia y bulle sin tregua, pudieran hacerse esos pocos animales, vegetales y minerales que vemos; como tampoco debemos maravillarnos que, tirando cien veces los dados, acaben por salir parejas de treses. Sería, por lo demás, imposible que de tanto movimiento no saliera alguna cosa que admirará siempre algún atolondrado que no sabe que la tal cosa estuvo en un tris de no ser.

CYRANO DE BERGERAC, *Viaje a la luna*^{1*}

La flota que desembarcó en Génova en 1571 era fastuosa. El pabellón de los Habsburgo ondeaba en los mástiles, y el cargamento que se bajó con sumo cuidado al muelle del ajetreado puerto formaban arcones de viaje repletos de regalos, armas, libros y vestimentas preciosas, además de dones para príncipes con todo su séquito de consejeros, guardias armados, criados y dignatarios. El comandante de los buques, Don Juan de Austria, acababa de derrotar a la armada otomana en la célebre batalla de Lepanto; ahora, Don Juan supervisaba una misión más pacífica. Uno de los pasajeros a su cargo era, para decir de todos, un joven bastante severo que regresaba a su país procedente de la corte de Felipe II en Madrid, adonde lo habían enviado sus padres para que pasara sus años de formación. Nos referimos al príncipe Rodolfo de Habsburgo (1552-1612), que no tardaría en ser emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Lo habían enviado a la corte de su tío cuando tenía apenas once años, junto con su hermano Ernesto, un año menor que él. Su madre, María de España (hija de Carlos V), que también era su tía segunda, había insistido en que el niño fuese a Madrid; la intención era apartarlo de la corruptora influencia de la facción protestante de la corte vienesa. María era una católica ferviente, muy interesada en separar al precoz Rodolfo de su padre, el emperador Maximiliano, cuyas simpatías por la causa protestante convertían, para ella, en un hombre poco fiable. Las sospechas de María se apoyaban también en el interés de Maximiliano por la ciencia y en su inclinación a ser mecenas de estudiosos. El emperador brindó su apoyo a la impresión de muchos libros, y becó a astrónomos y otros hombres dedicados a las ciencias naturales; por otra parte, sus diplomáticos tenían instrucciones de llevarle, desde sus respectivos destinos en el extranjero, ejemplares de plantas desconocidas. A través de Ghislain de Busbecq, el embajador de Maximiliano en Turquía, en 1562 llegaron a Europa los primeros tulipanes, junto con otras plantas que engrosaron los jardines del emperador en Viena y Praga. Busbecq, que mismo gran erudito y anticuario aficionado, sería más tarde el profesor de Rodolfo.

Ésas eran las influencias de las que María había querido proteger a su hijo. Ella y su marido no podían verse, y la tensión entre ambos se reflejaba en las constantes disputas entre papistas y protestantes en la corte de Viena. Conseguir que sus hijos viajaran a su país de nacimiento, España, y que se educaran en la esfera de influencia de su hermano, fue para la emperatriz un triunfo personal.

Aunque era un católico devoto, Felipe II no se parecía en nada al fanático religioso del momento; antes bien, era un rey de mucho mundo y un político hábil que contribuyó a que España abriese a los nuevos movimientos artísticos e intelectuales. El legado de locura en su familia supuestamente resultado de siglos de endogamia y evidente también en el célebre mentón saliente de los Habsburgo, iba a acosarlo a él y a su sobrino Rodolfo. Juana la Loca, madre de Felipe, había muerto demente, y él mismo tenía fases melancólicas durante las que no recibía siquiera a sus consejeros más íntimos.² Esta maldición familiar fue la causa de una de las grandes tragedias de la vida de Felipe, un episodio que luego aprovecharon espíritus románticos como Schiller y Verdi, que recrearon a su imagen y semejanza.

A Don Carlos, el hijo de Felipe II, lo prepararon para gobernar, y pensaban enviarlo a Flandes para que adquiriese experiencia. Joven por lo general amable e inteligente, siempre lo habían acuciado brotes violentos, e incluso para los criterios de la época, su crueldad con los animales fue motivo de cierta preocupación en la corte. Deforme de nacimiento, jorobado y con una pierna más larga que la otra y un rostro asimétrico, tenía dificultades para hablar correctamente y algo que se percibía como un apego enfermizo por la reina, su madrastra, a quien le compraba joyas caras y otros regalos mal apropiados para una amante que para una madre. Cuando el Consejo de Estado decidió no enviarlo a Flandes, después de que el príncipe montara un caballo hasta reventarlo, Don Carlos tuvo un ataque de furia. Amenazó o, según ciertos testimonios probados, intentó realmente matar al duque de Alba, gobernador de Flandes, y más tarde amenazó también con matar a su padre. Don Carlos escribió cartas a varios gerifaltes pidiéndoles su apoyo en contra del rey, y no tardó en convertirse en un lastre político.

La medianoche del 18 de enero de 1567, tras consultar con el Consejo, Felipe se puso el arnés y el casco y se dirigió a los aposentos de su hijo acompañado por un puñado de nobles de confianza. Entraron en silencio y se adueñaron de todas las armas y objetos pesados que encontraron en la habitación. El príncipe despertó y preguntó en la oscuridad: «¿Quién anda ahí?» La respuesta fue: «El Consejo de Estado.» «¿Su Majestad ha venido a matarme?», preguntó el príncipe, ahora totalmente despierto, pero le aseguraron que no corría peligro. Las ventanas de la alcoba estaban aseguradas con clavos, y Felipe dejó a su aturdido hijo diciéndole que lo trataría como debía tratarlo un padre, pero también como debía hacerlo un rey. Don Carlos, prisionero en sus propios aposentos, terminó trastornado; intentó suicidarse dejándose morir de hambre, tragándose un anillo convencido de que los diamantes eran venenosos, y poniendo hielo en la cama. Al final lo consiguió. Murió el 24 de julio de 1568. Se dijo que el rey se sintió tremendamente conmovido por el episodio, y se cuenta que tras la muerte de Carlos lloró tres días y tres noches seguidas. Es posible que llorase no tanto por su hijo, con quien no había sido tan íntimo como de sus hijas, sino por el futuro del reino.

Las relaciones íntimas desempeñaron por lo general un papel importante en la vida de Felipe. El rey tuvo varias amantes, y gracias a su iniciativa se permitió a las mujeres actuar en los escenarios de Madrid. Tras dos matrimonios políticos, con María de Portugal y María Tudor, que tuvieron una corta vida, encontró compañía en su unión con Isabel de Valois, y un afecto sincero y profundo en Ana de Austria, su sobrina, con la que se casó por poderes en mayo de 1570. En adelante Felipe fue un marido fiel, y se decía que se comportaba de una manera nada propia de un rey. Cuando Isabel se puso de parto en 1566, el rey insistió en estar presente. «Durante la noche de los dolores de parto, y también durante el parto, nunca dejó de cogerle la mano, consolándola y animándola lo mejor que sabía poder»,³ escribió el embajador francés con evidente sorpresa.

Es importante recalcar ese aspecto del carácter de Felipe si se quiere comprender el entorno en que vivió el joven Rodolfo durante su estancia en Madrid. El rey quería mucho a sus sobrinos, y lo

consideraba posibles sucesores al trono, pues ya era dudoso que Don Carlos fuese el apropiado para reinar. Era en especial Rodolfo quien hacía las delicias del rey, ya que el niño se interesaba profundamente por la gran pasión de Felipe: crear una colección grandiosa y construir varios palacios y unos edificios en los que el rey centró su atención hasta en el último detalle. En los informes y planes confeccionados para la edificación y el mantenimiento hay frecuentes notas en los márgenes, de puño y letra –no muy elegante ésta– del mismísimo rey, que quería asegurarse de que las plantas se regasen como es debido, que los jardineros fuesen de fiar («hombres que no roben los nidos ni los huevos») y que la vegetación se escogiese con el mayor de los cuidados y se plantase exactamente cuando correspondía.

El palacio que debía expresar su visión como ningún otro era el monasterio de San Lorenzo, cerca de El Escorial, parte residencia real, parte complejo eclesiástico, diseñado para encarnar la unidad y jerarquía del gobierno, sus conocimientos y su fe. Era un *theatro totale*, parte monasterio y residencia real, parte hospital y universidad, un microcosmos del mundo cristiano, y debía acoger también una importante biblioteca financiada con fondos procedentes de una donación real al monasterio formada por unos cuatro mil volúmenes de la colección privada de Felipe, la colección de reliquias en la residencia propiamente dicha, los cuadros del rey.

Las reliquias de Felipe II eran entonces la acumulación más asombrosa de toda la cristiandad. En 1580, tras la muerte de Ana, su amada esposa, Felipe comenzó poco a poco a buscar consuelo en la religión. Había visto morir a varios seres queridos, entre ellos su hermana, con la que tuvo una relación afectuosa a lo largo de toda su vida, a cuatro esposas y a tres hijos (aunque aún estaba por llegar el golpe más duro, la muerte de Catalina, su hija preferida, una pérdida más dolorosa para él que la de Isabel de Valois o el hundimiento de la Armada). Las reliquias lo habían fascinado desde antes de 1580, de hecho, desde que viera los relicarios de Colonia, y había enviado agentes para que llevaran todas las reliquias que encontrasen. Al final de su vida la colección tenía más de siete mil piezas, incluidos diez cuerpos enteros, ciento cuarenta y cuatro cabezas, trescientos seis brazos y piernas, así como los habituales fragmentos de la Vera Cruz, de la Corona de Espinas y otros objetos por el estilo. El rey mandó que la mayoría se colocasen en suntuosos marcos de oro.

En 1598, ya en su lecho de muerte, Felipe se volvió hacia sus reliquias para que le aliviaran su agonía. Atormentado por la gota y la fiebre, los tremendos dolores le impidieron bajar de la cama durante cinco semanas, ni siquiera para que le cambiaran las sábanas, y el antaño espléndido monarca murió flotando en sus excrementos. En el dormitorio tenía incontables imágenes sagradas y crucifijos y mandó a buscar el brazo de San Vicente y una rodilla de San Sebastián para que le aliviaran las articulaciones inflamadas. No le sirvieron para nada, y podría decirse que Felipe murió como un perro. Cuatrocientos años después, otro gobernante español, el general Franco, terminaría sus días aferrado al brazo de Santa Teresa de Ávila, que siempre había llevado con él adondequiera que fuese.

Si bien se volvió hacia al cielo a medida que se acercaba la muerte, Felipe II fue muy sensible a la belleza terrenal. Sus galerías podían jactarse de incluir obras maestras de artistas italianos como Tiziano y Federico Zuccaro, y de maestros flamencos como Rogier van der Weyden y Jan Gossaert que colgaban junto a lienzos alemanes y telas de su pintor preferido, Hieronymus Bosch, El Bosco, cuyas extrañas visiones encajaban con la concepción que Felipe tenía de la otra vida y la condenación eterna. Una ausencia extraña y sorprendente en las galerías de El Escorial es la obra del pintor español El Greco, cuyos cuadros el rey había admirado, al menos hasta 1582, año en que rechazó uno de ellos y en adelante ignoró al artista por completo.

- [**read online Armoured Warfare from the Riviera to the Rhine 1944 - 1945 pdf**](#)
- [Moral letters to Lucilius Volume 1 online](#)
- [download The Great Movies](#)
- [read The Green Suit here](#)

- <http://conexdx.com/library/Armoured-Warfare-from-the-Riviera-to-the-Rhine-1944---1945.pdf>
- <http://junkrobots.com/ebooks/Moral-letters-to-Lucilius-Volume-1.pdf>
- <http://patrickvincitore.com/?ebooks/Always-Been-Mine--The-Moreno-Brothers--Book-2-.pdf>
- <http://chelseaprintandpublishing.com/?freebooks/The-Green-Suit.pdf>